

## DON MARDOQUEO

*Jorge Sanabria León\**

Maniatado por las muñecas a la cama, don Mardoqueo se sacudía una y otra vez, como tironeado por varios pares de brazos en disputa. Farfullaba blasfemias y blandía intimidaciones. Era su intento incontenible de oponerse a las leyes de la caducidad. Un hombre duro, de huesos grandes y brío de labrador. Las amarillentas uñas de sus pies, largas y curvas, mostraban hábitos de otros tiempos y de vidas remotas que horripilaban. Su mirada oculta tras las cataratas osaba una rotunda determinación a escrutar a través de cualquiera que se le interpusiera. Cuando yo lograba acercarme un poco a él, le pedía que se acostara de nuevo, con la mano en el pecho, le sugería que reposara:

*Tranquilo, Don Mardoqueo, que se puede descalabrar.*

No sé porqué ni cómo, pero mi voz lo serenaba un poco. No es que recibiera muchas visitas, pues solo en una ocasión reconocí a una mujer añosa, sobre la cual no supe si era su hija o una vecina o tal vez una de las damas de caridad del hospital, porque me dijo que su nombre era Encarnación de Jesús Salvatierra. La mujer se notaba turbada y sin saber qué hacer con aquel desaforado, intentando zafarse de las amarras, como quien se escapa de las garras de las fieras, y de arrancarse las ropas a zarpazos.

No hacía falta estrechar su mano para sentir la aspereza callosa y el olor a siembra. Me hubiera gustado afeitarse los tupidos brotes blancos de los que ni él ni nadie podían ocuparse. ¡Qué le podía importar a aquel sembrador acuñado a la intemperie su barba y tristura de sacristán!

En pocas ocasiones, durante sus días de convalecencia, pude intercambiar algunas palabras convencionales con él. Me di cuenta de cuánto sufría durante aquellos episodios de aturdimiento. Cuán punzantes eran las tácticas médicas en medio de una ofuscación que interpretaba todo como un ataque:

*Me agarraron entre todos y me golpearon, me hirieron con un cuchillo en el hombro. Se reían de mí.*

Decía de los intentos por asearlo y sujetarlo de nuevo a la cama para que no terminara arruinándose a sí mismo.

*Ellos lo cuidan, lo tratan bien.*

Intentaba yo serenarlo.

No quería alimentarse, la comida sin sal le chocaba a su paladar habituado al sabor de la tierra y a ese minúsculo encanto culinario. Ante cada plato gimoteaba:

*No me pasa por el gargüero, no la aguanto.*

Un paciente que estuvo a su lado varios días me comentó que el personal hospitalario no había podido dar con parientes que se hiciesen cargo del enfermo por el que habían agotado ya sus posibilidades. Le habían taladrado un agujero en el estómago y le filtraban algún tipo de alimento con jeringa. Su hijo, quien lo había llevado a la sala de emergencias, habría contestado por teléfono: “*Láncenlo a la calle*”. Cuán malo habrá sido, pensé entonces. O cuán descorazonada fraternidad para desentenderse de la vejez. La intriga me ronda aún en la cabeza y me atormenta sobre todo cuando pienso en mi

---

\* Ph.D., Catedrático Escuela de Psicología, Universidad de Costa Rica  
*Recepción: 11/07/08 - Aceptación: 14/07/08*

cercana senectud. ¿Cuál de mis hijos estará a mi lado y me cuidará cuando esté como aquel viejote?

Durante sus trances de desasosiego hospitalario, solía hablar de tal forma que me hacía pensar que estaba sumido en un fluido de eventos inadvertidos para los demás. Coros de niños en patios escolares o cascadas de cristales de colores. Lluvias cantarinas o melodías muy añejas. De pronto entonaba una estrofa descosida de alguna tonadilla rancia, con su voz escupidora y su afinamiento a tientas. Con sus brazos estirados, hilaba telarañas o pinzaba partículas de polvo. Su voz se volvía animosa durante estas parábolas grandiosas. En una ocasión, se volvió con la naturalidad de los desquiciados y me señaló un punto en el vacío:

*¡Ahí va Nuestro Señor!*

Mientras, sus ojos seguían al cortejo que pasaba. La perplejidad no me detuvo, cualquiera hubiera hecho lo mismo:

*¿Y cómo es?*

Cuando busqué de nuevo su mirada, don Mardoqueo cantaba otra vez entre los juegos y risas infantiles, mientras la fugaz vista del Todopoderoso se difuminaba en la algarabía del chaparrón de escarcha.

Aquel hombre tosco me fue mostrando una habilidad pasmosa. Avasallaba a las palabras como otros dominan el balón. Algo había advertido yo durante sus devaneos, que parecían elegir jugadas atrevidas del habla:

*A la casa sácala. No poco pon. Amarasen enemigo, o gimen en esa rama. Se es o no. ¡Ave a la oidora, Pepe! Podio: o sacos adulas o sacas ocas a sacos, ¿acaso saludas o caso? ¡Oído, Pepe, parodio a la Eva! ¿O no se es?*

Estos enmarañados ternos se dejaban entresacar de sus balbuceos.

En los brevísimos y escasos momentos en que abandonada su aureola y se resignaba a conversar con los demás, declamaba asimismo argumentos que me acobardaban, sobre todo porque aparecían como inspirados por el más sencillo detalle cotidiano: *"La enfermedad es mala, los que trabajan con lo malo, son malos, los médicos trabajan con la enfermedad, los médicos son malos; en el hospital trabajan*

*muchos médicos, en el hospital trabajan muchos malos; hay que alejarse de donde trabajan los malos, hay que alejarse de los hospitales. O así como: "La enfermedad es algo malo, la cura es de la enfermedad, la cura es algo bueno, algo malo es algo bueno".*

Realmente me hacía dudar de mis propias convicciones.

También era dado a las hechuras palabreras. La primera germinó cuando un visitante llamó "pelón" a otro de los pacientes:

*Cajón no encaja en caja, pero del sin pelo se dice pelón, mientras que del de gran culo culón, como del cabrito cabrón, ¿de dónde viene entonces caparazón?, si de pez no se llega a pezón, como tampoco del llanto se afirma es llorón. Si año no se encubre en añoranza, como ajo en cascajo, o red en pared, ¿cómo lo haría mar en calamar si es al revés?, no sabríamos tampoco qué esconde buzón o si leche no lo intenta en lechón. Amo no habita en amor, ¿por qué espesa si se supone es pesa? La empanada no está henchida de nada, por eso es, pero, ¿cómo cubrir con teja tejón o algo en alga? Cuando creces, te apartas de tus padres con creces, pero no siempre parten de que compartas. Hormiga no es pariente de hormigón, aunque argamasa contenga masa y amigas no siempre vayan a migas. ¿Cómo resolvemos tal confusión, si no atendemos la tal con fusión? ¿O necesito atesorar en paño este azor que acaso empañó? ¡Testarudo!, en este cálculo de cabeza se encuentra algo rudo, pues elemento delicado en él guardado se queda sin que aparézcase qué da sin cal. No renunciaré a este traqueo, como que me llamo don Mardoqueo, porque aunque escaño no es caño ni espera es pera o es tela estela, quién sabe para que el mirón no esté en la mira.*

Sin embargo, la ocasión que más me causó asombro fue cuando, habiéndole yo señalado porqué había que darle sentido a las pruebas que la vida le impone a uno, repitió en un tono con teñiduras de ironía:

*¡Darle sentido a las cosas!*

E inició una retahíla única.

*Existen tantos tontos atentos a tanteos de tetas y tostadas tentaciones de tortas*

*tártaras y testas de teteras en tristes tanteos a tientas y estertóreos tarantines en itinerantes intentos como meteoritos tirantes que irritan pues detentan potestades en protestas que impactan el pacto de acto insurrecto en recta acta con tacto actualizada en autóctono aunque imperfecto octógono de octogenarios en tibias turbas de torvas tuberías que trovadores con tubas entran en atisbos sin atavíos, mas no en toboganes con tábanos y tobobas que en Tabarcia abordan buques bogantes sin bordes, embarcando en abarcas de bandoleros beodos con barbas babeantes y besos bisonños que bordean otras barcas de barqueros con buñuelos y beben mientras bailan boleros, abandonando boñigas de abono y abriendo aldabas al alba.*

Todo lo declaraba sin tropiezos, aunque con su dicción cansada de viejo y su acento disipado. Cuando le pregunté de dónde se sacaba aquello, me contestó que lo había aprendido en el primer grado de la escuela, con la Niña Alba Soley Luna. Ante su ínfima coloración de burla, apenas me atreví a sonreír. Creo que estaba confundido y, en medio de la turbación por la enfermedad, enredó contextos, porque en otro momento fugaz le escuché sentenciar algo que me dio la impresión de su desgaste para mantener el orden en la cabeza:

*Me espera una aya que se halla cerca de aquel árbol de haya de allá y me voy pronto porque temo que se haya ido para La Haya, para uno de esos mundos civilizados.*

Este paréntesis en su ensueño se parecía más a un ejercicio memorístico de ortografía de principios del siglo pasado. Aunque, probablemente, le había dado claves importantes para entrelazar vocablos en el mundo lúdico de sus fábulas, puesto que cuando llegaron a pedirle que firmara los documentos para decidir su tratamiento, el médico, luego de explicarle los riesgos de operarse o no, le ordenó, en voz lerda y alta por su hipoacusia:

*¡Escoja, don Mardoqueo!*

Don Mardoqueo, impertérrito, preguntó:

*¿Es coja o renca?*

También me contó que, siendo ya un hombre maduro con varios hijos, había abandonado el agro para ir a trabajar a la ciudad,

donde se incorporó al *Telar El Laberinto*, cerca de la Estación Central del Ferrocarril, que luego cerraría y se convertiría en un aserradero, labor con la que se sintió más a gusto, pero que tampoco le permitió consolidar su vida como ciudadano. De hecho, fue la urbe la que poco a poco irrumpió en sus lares. De aquel paso por la industria, recordaba el rótulo en una de las bodegas textiles: *der Zutritt ist den Unbefugten verboten*. Cuando los alemanes trajeron toda su parafernalia fabril, deben haberla cargado con todo e inscripciones. ¿Pero cómo hizo este hablantín mayor para retener ese trabalenguas en su mente?

Poco antes de irme del hospital, fui a despedirme de él en su camarote de cuidados intensivos. Se incorporó monumental, con una mueca de orfandad y alegría achicada. Me echó los brazos como un niño. Se abrumó porque no me lo llevaba. Me interpeló con el nombre de uno de sus hijos errabundos. El enfermero tuvo que sujetarlo para que no se lanzara al piso y emprendiera camino al hogar en su espejismo. Cuando me sacaron de la sala para poder calmarlo, todavía escuchaba sus hipados perrunos y tuve que caminar varias cuadras para que se me agotara el pesar. Para convencerme que quizá se lo merecía, pensé que los suyos ya lo habían enterrado, para no devolverme en carrera y poder llegar adonde los míos.

Aquella tolvanera se me vino encima, porque yo mismo creía saber muy bien que uno no envejece de pronto, sino que es un lento ensombrecer que te lleva de la mano al declive. Llorando por don Mardoqueo, reconocí que un día uno se ha de pecar que ya no es más joven. En ese santiamén, emerge la conciencia del cambio. Las caras de las demás personas te dicen otra cosa. Ahora reconoces finísimos rasgos en diferentes edades, que sabes ahora ajenas. El timbre de la voz. La expresión general en el rostro. Las primeras insinuaciones de cambio en el temple de la piel. Inadvertidamente, te aproximas a un punto de intersección en el que despertarías la sospecha del ridículo si dieras un paso atrás. Entonces, uno se pregunta por qué no lo había venido advirtiendo. Es cuando acuden a la memoria, en manada, una

abundancia de minúsculos momentos que te han estado atormentando. Admites la diminuta jaqueca que ataca el flanco derecho. El estrépito de criar hijos. La persistencia de aquel dolorcito en las coyunturas. Las morosidades de la pareja. La lejanía de la última semblanza de la felicidad. El vacío de la pasión en los brazos. La duda sobre si llegarás o no a longevo.

Luego de su internamiento, don Mardoqueo había logrado, ya a una edad inconcebible, recuperarse de tres intervenciones quirúrgicas en medio de un severo cuadro de anemia y un derrame pleural. Al principio había estado tan mal que el cura había llegado con los Santos Óleos, le había dedicado una oración profunda y lo había ungido para despacharlo. Yacía sosegado, con un semblante totémico y su aliento de momia. Pero en los días siguientes empezó a recobrar sus fuerzas, volvió poco a poco a ser de nuevo casi el de antes. Se le reinstauró el carácter y hasta el mal humor. Regañaba a diestra y siniestra al que estuviera cerca, en remedo de un don de mando de épocas mejores. Confinado a su casa, a ser asistido por compasión, recobró sus ímpetus. Había despertado caridad en personas que no tenían por qué asumirlo y ahí estaba, en medio de la más absoluta austeridad, plenipontecario en su pobreza, adueñado de un espacio de supervivencia señorial, tiranizando a una caterva de espantajos, gobernando sobre espectros y ruinas de una heredad devastada, aún imponente a la vista. Cuando yo lo visitaba en su destartalada vivienda y lo advertía sentado sobre las migajas del sillón, casi inmóvil, con su expresión de moai avistando un horizonte incierto, divisaba el absurdo de su dominancia sobre cualquiera que fuera la cosa al alcance de su voz.

El varón era molesto de diversas formas. Durante una de mis visitas, me pidió que le arrimara un jarro. Incauto, pregunté:

*¿Cuál, ese?*

*¡O zeta!*

Para disimular el bochorno u ocultar mi enfado, le comenté sobre la alharaca en la universidad por la visita de unos monjes tibetanos de gran espiritualidad, que había estado muy interesante. De un respingo, me interrumpió:

*¡Pero no pudieron concentrarse!*

De nuevo caí en su embeleco:

*¿Por qué?*

*¡Por la alharaca!*

Cada vez, llevaba yo un sinnfín de preguntas que quería hacerle, sobre el pasado o sobre el orden y la simultaneidad de los acontecimientos; porque él relataba cada anécdota a partir de nombres de personas y los suburbios los organizaba por patronímicos familiares. Era inútil, yo siempre olvidaba todas mis interrogantes e inquietudes cuando estaba frente a él, se me borraba la mente y se me acababa el arrebato. Solo acataba siempre a lo mismo:

*¿Qué me cuenta, don Mardoqueo?*

*No cuento, me cuentan hace años.*

Cuando debió sentirse con fuerzas suficientes, lo encontraron en el techo cazando goteras. Alguien me comentó que también lo vio deambulando por calles capitalinas.

*Tenía que saber si había vuelto a ser el mismo o hasta dónde podía llegar ahora.*

¡Así se atrevió a decírmelo! Casi centenario el cabrón vejete y todavía lo acongojaban las proezas de virilidad.

Trastabillaba hasta las calles citadinas desde su desvencijada vivienda en un llano no muy distante del camino que se aleja del centro, en medio del cual un obelisco se yergue todo matón. El insomnio lo obligaba, y con más fuerza después de cada salida del hospital, a tambalearse hasta la pilastra. Para don Mardoqueo, el domingo siempre amanecía solitario en las calles. A su lado, un mendigo se acicalaba con oropeles de desechos, desatento al despojo de los sucumbidos al nocturno encanto de sirena del monolito. Juntos veían florecer huellas sobre huellas de sangre en la serenidad de las formas retorcidas. El olvidado homenaje del monumento seguía reclamando todavía sacrificios de fiesteros. Don Mardoqueo sabía que en una covacha cercana, la guarida del pordiosero preservaba su botín de superviviente. Lo conocía desde que no se acordaba, se había topado con él una madrugada de desvelo y luego fueron, poco a poco, como quien no quiere la cosa, estableciendo contacto. Para entonces, había conversado con él muchas veces, cada vez más, a partir de que casi no quedaba nadie con quién o había dejado de hallar cómo

hacerlo con alguien más. A menudo ni siquiera hablaban, solo intercambiaban arrumacos o gesticulaciones. No había escudriñado mucho de él, aunque lo llamaba Juan Bautista. Estaba al tanto de cómo, en las vísperas del domingo, al pedigüeño siempre le inquietaba el instante del crujido de metal contra cemento. Además del arrullo del ulular de las ambulancias. También él creía escuchar, entre sueños, clamores de voces y gritos. El amanecer dominical les mostraba a ambos las postrimerías de una ceremonia que no entendían, mientras el menesteroso se despiojaba sus barbujas de apóstol venido muy a menos. Ornamentado de tiliches el uno y de dilemas el otro, los ancianos se tropezaban con las almas perplejas de los sacrificados repentinos que no encontraban de nuevo la ruta. Les preguntaban y les consultaban a los abuelos todos a la vez. Entonces, el mendicante se alejaba en medio de un soberbio pleito con solo él sabría quién. Don Mardoqueo lo dejaba irse, pues él tenía sus disputas íntimas:

*Cuando las hormigas andan, lo hacen de allá para acá y de acá para allá; cuando vienen para acá van para allá y cuando van para allá vienen para acá; no vienen para acá si no van para allá y no van para allá si no vienen para acá; si no es para acá y para allá, las hormigas no andan. Cuando las hormigas andan, no andan. ¡Hombre, se me quedaron quietas las hormigas! Otra vez: las hormigas se topan, cuando andan de acá para allá. Las hormigas no lo son, cuando no andan de acá para allá. Las hormigas no lo son, cuando no se topan. Las hormigas se topan, cuando no se topan. ¡Hombre! A ver: son hormigas, van y vienen de acá para allá. Se topan. Juan Bautista y yo vamos y venimos de acá para allá. Nos topamos. Juan Bautista y yo somos hormigas. ¡Putá! Cuando andamos, no andamos. Cuando nos topamos, no nos topamos. ¡Carajo!*

En ese instante, lo emboscaba el risueño a punta de risotadas. Después de un espasmo y un par de expectorantes gargajos de corpulenta talladura, volvía con el telele de las benditas hormigas:

*Son tan raudas las hormiguitas diminutas que si uno se les queda viendo mucho rato,*

*yendo y viniendo de acá para allá y de allá para acá, parecen una sola hilada de ida y vuelta...*

Como un gobernante pintado en la pared, don Mardoqueo terminó conviviendo en su delicioso ocaso con figuras que de súbito emprendían camino de entre la nada para desaparecer por el rabillo del ojo. Perros, infantes, gentes y genticillas, como auguradores de la muerte o aparecidos que venían a acompañarlo en el último instante, junto a una vocería que de verdad fingía muy bien venir del más allá. Él advertía el tropel al llegar e irse, en medio de melodías veteranas, cascabeleos y silbatos inesperados. A veces canturreaba un poco, otras apenas les prestaba atención o se rajaba en un solo aplauso.

Aunque siempre llegaba el momento en que don Mardoqueo se reclinaba contra un tabique y concentraba todas sus energías en un solo pensamiento:

*Solo quiero que todos se vayan.*

Se lo repetía hasta la migraña y quería así ver resurgir una brasa de esperanza. Volteaba a mirar la larga escalera, a sentir los rumores, a intuir las escenas.

Ahora a medio derrumbarse, había sido una casa enorme la suya, solo para él. Rodeada de verde, como un islote o un naufragio, todavía con árboles y palmeras en su jardín, salpicado de vegetación salvaje. Era de madera, al estilo de los gamonales de las plantaciones bananeras.

Abajo tenía pocos aposentos, pero un lugar para cada cosa, adonde sentarse, cocinar, ir al baño, recibir invitados, guardar las provisiones, alojar un huésped. Arriba era diferente, llena de ventanas que miraban a todas partes como un inmenso ojo de mosca. Todas se abrían de par en par y cada dos o tres, llegaban hasta abajo para dar paso a un pequeño balcón. Por doquier se proyectaban las siluetas retozonas del afuera, asentándose en el espacio despoblado. Don Mardoqueo pasaba una hora tras otra merodeando por los rincones, escudriñando cada fragmento del entorno, ventana por ventana, y respiraba una bocanada de aire fresco en cada balconcillo.

Imperceptiblemente, el espacio principiaba a llenarse de estampas, en una y otra estancia. Y

ya que estaban ahí, pues las ensayaba de una y otra manera, las vestía y desvestía como a las muñecas de papel. En una situación y otra. A todas las imágenes que reconocía y a las que no. Recreaba momentos con otros desenlaces más afines a su gusto, más a su favor.

El problema era que después no querían marcharse, sino que empezaban a actuar a su antojo. Cosas que a él le resultaban repugnantes, como los instantes de ridículo. Propios o ajenos. Luchaba por darles una trama alternativa, por salirse del papelón, por quedar en una posición fuerte, pero de pronto los protagonistas ya no querían seguir sus disposiciones. La escena volvía una y otra vez como repetida en innumerables espejos. La humillación crecía y crecía hasta atorársele en el gaznate. Sentía odio, ira, quería echarlos a todos, los empujaba afuera, los lanzaba por las ventanas, los precipitaba por los balcones. Les gritaba, los maldecía, no agotaba sus improperios hasta que notaba que empezaban a quedar espacios en blanco, vacíos silentes, huecos alrededor. Solo tenía un deseo:

*¡Váyanse todos, déjeme en paz!*

Volvía abajo, buscaba por todos los sitios posibles para expulsar hasta el último intruso. Pero a veces, luego de atravesar uno de los hoyos de tranquilidad que iba cavando alrededor suyo, los volvía a escuchar campantes detrás de él o los detectaba de pronto con otra reescenificación a su derecha, o en preparativos para alguna cosa nueva a su izquierda. Cada una de las apariciones traía sus propios trajines aplazados y tejemanejes inconclusos con los que los descendientes en vida continuaban batallando, como mandas arcaicas y arquetípicas, anudadas entre generaciones vivas y muertas, en una abominación ajena a cualquier entendimiento.

Entonces, don Mardoqueo buscaba un lugar sereno, una esquina solitaria y deseaba con fervor que se callaran, que no fueran malos y se fueran, que por fin se apiadaran de él.

Cuando se percataba, ya casi todos se habían desvanecido, quedaban unos pocos, los más tolerables, los amistosos. Pero él quería que se fueran todos. Ensayaban algo burlesco para él y a veces hasta lograban entretenerlo, o arrullarlo. Pero no los miraba, quería que se

esfumaran. Aunque ya no decía ni hacía nada más que mascullar al atardecer:

*¡Otro día dilapidado!*

Con frecuencia lo encontraba apoyado en un contrafuerte, con una única idea residual metida en la cabeza:

*Es una orquesta que toca un danzón, pero muy largo de aquí.*

Sobrevivía de la misericordia ajena, don Mardoqueo. Con ropas tan dispares que no dejaban dudas del desamparo. En mi última visita, ya no le encontré. Entonces tuve que ventilar las habitaciones y limpiar la espesura vino tinto de los vómitos atollados por aquí y por allá, para expulsar a las sombras y tirar los cachivaches de decenios. Bajo el colchón de paja, aromatizado a orina y sudor, encontré fajos de viejos billetes salidos de circulación. Tropecé con unas pocas fotos anónimas, al lado de vehículos antiguos, con prestancia cinematográfica; niños vestidos de adultos y niñas llenas de vuelitos, condenados a sonrisas forzosas en tonos de gris, compartiendo algunos rasgos del hombrote senil. Con trasfondos de casas y paisajes bajo una luz de ocaso. Me llevé el único libro que encontré, de Trinidad Coelho, *Mis amores. Amores nuevos – Amorcillos*, editado en Madrid en 1919, aunque ni sé para qué. Enderecé en una de las paredes la caja de música empotrada en el retrato tridimensional del aposento de una cabaña rústica, desde donde se atisba un paisaje de imperturbables montañas; tiré del cordón, pero la música se había apaciguado quién sabe cuándo. Sobre la veladora, advertí las serpenteantes cadenas de infinitésimas hormigas colonizando una despanzurrada araña que cargaban a bulto y pieza por pieza a su escondrijo, en un sinuoso bailongo de insolente animosidad. Antes de salir de su casa, me asomé a la ventana y la visión de las enormes rocas en el fondo del torrente barrancoso, salpicadas por la corriente inmunda, me hipnotizó. Entonces advertí la mirada de una vecina, fija desde el dintel. Era la hilandera, doña Vera Ojea Lacalle, dedicada a deshilar trapos para obtener mechas:

*Se fue don Mardoqueo. Es que ya todos se habían ido. Había despedido a sus amigos. Él era el último. No volvió a encontrar a nadie*

conocido en los obituarios ni a toparse a alguien de antaño por casualidad. Había enterrado a sus hermanos, a tres Papas, dos esposas, un hijo y un nieto. Se fueron todos. Dejó de entender los hábitos comunes y de estar a gusto con las costumbres. Le molestaban las ropas modernas y se sentía incómodo con los nuevos modales. Se cansó de estar sentado inmóvil frente a la ventana y de esperar que el sol le calentara los pies. Antes, aunque estuvo muy enfermo varias veces, nunca parecía aceptar la llegada de la despedida. Ahora, como que sí. Nada más se fue. Se fue. Abrió la ventana y se fue. Era un hombre raro, le pasaban cosas raras. Una vez, llegó un vecino de allá arriba, se llamaba Casimiro Umbría Calleja, vino a saludarlo, porque don Mardoqueo estaba enfermo, muy enfermo. Apenas lo vio un momento. Pero al día siguiente, don Casimiro había sufrido un infarto y don Mardoqueo se curó. Andaba musitando todo el tiempo en la casa, sobre cosas y gente, les hablaba. Llamaba a la mamá, a los hijos. Dejaba que creciera el pasto alrededor de la casa para que nadie lo advirtiera. Tenía la urna con las cenizas de un hijo fallecido, encima de la mesa del comedor; dicen que eran del mayor, el preferido, al único que quiso... ¿Usted cree que me puedo dejar el vaquerito de yeso zonto que tenía de adorno? Está despuntado y le falta la vaquerita, pero...

Era cierto, nunca había detectado yo en su semblante la incertidumbre de la muerte, sino la certeza de reincorporarse a la vida. Salí en dirección a los lavaderos, abriéndome paso entre el forraje a la altura del pecho que zanjaba la piel con sus bordes de puñal. El terreno estaba lodoso, algo empinado y resbaladizo. Las nubes cejjuntas se amuchaban al alcance de la mano. Busqué asidero y descubrí lo que parecían ser los restos de una urna de cenizas. Perdí el libro. Sobre mi cabeza siseó un hervidero de pericos con sus cantos bochincheros y su algarabía de libertinos. Me alcanzó el rumor a podredumbre del río cercano con el nombre de una mujer olvidada. En ese instante, recordé las principales preguntas que había querido hacerle a don Mardoqueo. Los emperifollados robles de sabana musitaban a la brisa una advertencia que no supe descifrar, pero

me cubrieron con sus rosáceos cálices copulares. Seguí mi camino, salí del prado, subí la cuesta y pasé frente a la maternidad para guiarme por el muro de la Estación del Ferrocarril. Me embistieron las reminiscencias de juegos sin fin entre extenuados vagones, locomotoras artríticas e iguanas polizontes al acecho. Estaba exhausto y sudoroso. Superé las líneas del tren, avancé hacia la metrópoli, en dirección al bullicio. Me mezclé con la gente. Empezó una llovizna fina y necia. Eso era bueno, muy bueno.<sup>1</sup>

## Referencias

- Agranja Viñas, Alvino. 2000. "Don Mardoqueo at the laundries of Paso Ancho". En: Ackerman, Georg (comp.). *Stories by Non Writers in Latin America*: 60-84. Florida: Agriculturae Press.
- Alas Vega, Bienvenida. 1945. *Compilación de Cuentos Osados de Centroamérica*. Guatemala: Editorial Quejumbre.
- Amigó Leal, Consuelo. 2002. "El patriarcado, la irreverencia y la crisis de la masculinidad en el cuento de don Mardoqueo". *Estudios Mexicanos sobre Inequidades Turbadas* XIV (13): 20-32.
- Ballesteros, Victoria Batalla de. 1958. *Cuentos Gallegos y Andaluces en Centroamérica y El Caribe*. Puerto Rico: Editorial Pivotes.
- Bisonho, Juvenal. 2008. "Ancianidade ou temeridade: ¿de onde veio Painho Mardoqueo ao chegar de viagem?" *Revista Brinquedo Literário de Pernambuco* V: 87-96.
- Buenaga, Clara Aurora. 2008. "Mardoquero, mardoqueando, mardoquinerías, mardoqueño mardoquense, mardoqueador: paráfrasis de la tradición oral". *Revista Ecuatoriana de Literatura Atrevida e Intermedia* XV: 32-45.

- Carbonero Negrete, Blanca 2003. "Vida y muerte de Don Mardoqueo". En: Flores Caballero, Linda S. (comp.). *Biografías inventadas*: 300 -331. Chile: Editorial Amenazas. 5
- De Burgos Santos, Clemencia Auxiliadora. 2007. *La Segua, La Llorona, Tío conejo y Don Mardoqueo: Trípticos Literarios*. Costa Rica: Editorial Tablillas.
- Díez Díaz, Elpidio. 2005. "Los recorridos de don Mardoqueo". *Revista Argentina de Bagatelas* L (5): 15-32.
- Galán Gallardo, Amparo. 1937. *El tema de don Mardoqueo en las canciones populares del Caribe y de la costa caribeña de Centroamérica*. Santiago de Cuba: Editorial Erasmo Bujía.
- Grande Alegría, Hilaria Lucía. 2000. "De la tradición a la modernidad en la literatura popular: don Mardoqueo se renueva". *Revista Panameña sobre Pensamiento y Filosofía de la Calle* XIII (4): 49-83.
- Guardia Bravo, Socorro. 2003. *Cuentos sobre vejez en España y Latinoamérica*. Murcia: Editorial Ojero Oseguera.
- Lobo Bravo, Alejo 1965. *Relatos de viejos y vejentudes*. Costa Rica: Editorial Hipérbola.
- Montes Boscoso, Adita. 2007. "Don Mardoqueo: mito o leyenda". *Revista Caraqueña de Antropología a Ojo* V (14): 55-74.
- Mora Donis, Elena. 2003. "Boleros, Vallenatos, Salsa and Merengues upon don Mardoqueo's theme or old age as dancing motive". *Californian Journal of Hispanic Bizarreness in America* II (5): 100-125.
- Obispo Iglesias, Demérito. 1999. "Herejías en cuentos populares latinoamericanos". *Revista Cartaginesa de Literatura y Misceláneos* LXXV: 28-59.
- Perrote Ladra, Ágata. 2000. "Don Mardoqueo: el tema de la muerte y del milenio". *Anuario Hondureño de Literalidades Populares* III: 95-124.
- Ramos Palma, Domingo. 2006. "La religiosidad y la herejía en los cuentos populares latinoamericanos". *Ensayos Críticos y Fustigadores de Centroamérica* XII (5): 66-84.
- Rey Aguado, Amaral. 2002. *Irreverencias en las Indias: Cuentos sobre Transgresiones*. Guatemala: Editorial Guerrero Armado.
- Sanabria León, Jorge. 2000. "Die Spinnerinen und Don Mardoqueo". En: Pastor Cordero, Teófilo Jesús (comp.): *Dichtung der spontanen Zunge in Mittelamerika*: 212 – 216. Frankfurt am Main: Kurios Verlag.
- Señor De la Cruz, Caridad. 2000. "Don Mardoqueo, Don Mardoqueo, wo steckst du?" En: Pastor Cordero, Teófilo Jesús (comp.): *Dichtung der spontanen Zunge in Mittelamerika*: 218 – 224. Frankfurt am Main: Kurios Verlag.
- Silvestre Del Río, Flor. 1999. "El silogismo de las Hormigas de don Mardoqueo: un elogio a la senilidad". *Revista Costarricense de Extravagancias Ganímedes* XXII (3): 25-45.
- Trinidad Salvadó, Angel María. 2007. *Illegal and Undocumented Tales. Oral Tradition among Hispanic Migrants in America*. Los Angeles: People on the Move Press.
- Vigil De La Guardia, Ronda. 2005. "Metáfora, sinécdoque y metonimia en los relatos de Don Mardoqueo". *Revista Dominicana de Habladurías* XLIV: 122-143.
- Vivas Burgués, Ventura. 2004. "A pro po Männlichkeit: die Einverleibung kultureller Beziehungsmuster durch traditionell mündliche Literatur im karibischen



Sprachraum: don Mardoqueo und ähnliche Kurzgeschichten”. En: Pahn-Hornos, Dora (comp.). *Zur Theorie der Literatur als Vehikel der Vergesellschaftung*: 137 – 152. Frankfurt am Main: Hermes Verlag.

Zapatero Descalzo, Elmira. 2008. “Don Mardoqueo o ¿qué do-mar, don? Una lectura lacaniana de la testarudez y la terquedad”. *Re-vista Doble-Mira de Malabarismos y Abalorios Literarios XII* (5): 25-52.

## Nota

- 1 Durante mi infancia, escuché muchas veces el cuento de *Don Mardoqueo*, en una versión mucho más sencilla, que solía contarme mi abuelo, Don Lico León, maquinista. Cuando ya era un hombre de muy avanzada edad, le consulté sobre este relato y me refirió que no estaba seguro de si en su distante infancia lo había escuchado o si había conocido a un mentado don Mardoqueo, allá en su natal Muxía. La versión de mi abuelo era, con pequeñas variaciones cada vez, más o menos así: “*Don Mardoqueo, cuida tu salud y tu dinero. No desvaríes por la casa ni trates mal a los vecinos. Anda que te gustan las lidias y vencer, en cualquier momento tu ángel de la guarda te va a venir a recoger. Aunque eres viejo, aun te sabes señor. Cada cosa que hiciste, la emprendiste con ardor. Pero te quedaste solo y con dolor.*” Sobre este guión sencillo, solíamos inventar eventos y situaciones, casi siempre disparatadas, que le ocurrían a su personaje. Algunas de las variantes que yo disfruté más fueron cuando le hicimos aparecer *La Segua* o cuando lo poníamos en lugar de *Tío Conejo* o del *Gallo Zancón*. Le temía a aquella en la que lo asesinaban en descampado y

lo devolvían montado a caballo, con su cercenada verga metida en la boca. Otras invenciones célebres fueron *Las Hilanderas* y *don Mardoqueo*, así como *Don Mardoqueo en los lavaderos de Paso Ancho*. Solíamos agregar y quitar personajes a gusto, con nombres quizá caprichosos, como el de *Don Bienvenido Alas Cuevas*. Con mis hijos y mi hija, que van de los 23 a los 5 años, hemos recreado infinitud de adaptaciones andarinas, de las cuales, lamentablemente, solo recuerdo una, cuando el pobre va a parar al hospital con cólicos renales. He elaborado mi relato sobre la exígua base que guardo en mi memoria, a la cual he añadido pinceladas de cosas vistas o vividas por aquí o por allá. Para mi sorpresa - no desagradable, debo añadir - el tema de *don Mardoqueo* está mucho más extendido y ha sido mucho más estudiado de lo que jamás me hubiera imaginado, desde el extraordinario tratado de la Poetisa Galán Gallardo, a principios del siglo pasado. Agradezco a mi amiga, Arroba Oropeza Platero, haber puesto en mis manos esta recopilación. La etnóloga Evita Errarte Alcazar, PhD, del *Instituto de Estudios Latinoamericanos* en la *Universidad de Frankfurt del Meno*, tuvo la gentileza de leer una versión preliminar de este cuento y me advirtió que en un estado del sur estadounidense existe un pueblo llamado *Mardoqueo County*, que apenas tiene cerca de quinientos habitantes y continúa despoblándose, pues las personas jóvenes migran a las grandes ciudades. Parece que se encuentra en medio de las montañas y que posee un monasterio con algunas interesantes ruinas españolas del tiempo de la conquista a su alrededor. Mi agradecimiento a la Dra. Serena Guerra Armas, gerontóloga, por haberme instruido acerca de la descalcificación del oído interno, sobre todo en la tercera edad, que despejó mis incógnitas sobre el *tinitus* y los *acúfenos*, responsables de que mi abuelo terminara relatando eventos en los cuales yo ya no podía acompañarle. Ciertas etimologías me fueron amablemente esclarecidas por don Alamar Barquero Bogantes, lingüista asesor de la *Rectoría* de la *Universidad de Costa Rica*.